



RECTORIA

Discurso - 75 Aniversario del Instituto Pedagógico.-

Salón de Honor-4 agosto 1964

Referirme al Instituto Pedagógico significa para mí hacer una especie de viaje retrospectivo porque a él se vincula la mayor parte de mi existencia desde que ingresé a sus aulas prestigiosas el año 1920, al que se ha llegado a dar el carácter de un hito histórico en el curso de nuestra evolución nacional. Excusarán Uds. que, por tal circunstancia, puedan tener mis palabras de hoy cierto acento de intimidad evocadora, inevitable cuando se trata de cosas y situaciones indiscerniblemente vinculadas a nuestra propia -y, en el caso mío, ya larga- trayectoria vital.

Llegamos al Instituto Pedagógico en una época de profunda inquietud colectiva. Había terminado la primera guerra mundial entre los grandes Estados, pero se continuaba dentro de ellos -y en todas partes- la pugna entre los poderes conservadores del orden social en crisis y las fuerzas empeñadas en instaurar un régimen de perfecta justicia y de auténtica libertad donde cada individuo -como se decía en el lenguaje de entonces- pudiera "vivir plenamente su vida física, intelectual y moral", en el ámbito de una cultura renovada.

Eran hermosos tiempos, de anhelante vigilia. Diversos caminos se abrían ante nosotros, todos ellos orientados hacia el mismo horizonte de plenitud humana, todavía imprecisamente destacado sobre un fondo de matinal claridad, que creíamos era la del inmediato porvenir, aunque sólo era la proyección de nuestra esperanza. Eran también duros tiempos, cargados de contradictorios impulsos. Había que superar el caos interior de la ado-



lescencia, siempre atribulada, en medio del derrumbamiento de los soportes institucionales y morales de la sociedad tradicional. Afanosamente buscábamos en los libros y en los hechos -más en los libros que en los hechos- esclarecimientos para nuestro espíritu que orientaran nuestra voluntad de creación.

Estábamos en el Instituto Pedagógico, eramos estudiantes universitarios. Al margen de las exigencias horarias y de las rutinas escolares, vivíamos en sostenida tensión espiritual, discutiendo cotidianamente sobre personalidades y sucesos, ideas y actitudes, atentos a las voces incitadoras que nos llegaban de los centros culturales del mundo, en activo ejercicio de un espíritu crítico acaso exacerbado. Las diferencias ideológicas y partidistas, que ahora separan a los jóvenes en grupos conflictivos, nunca fueron obstáculo para la acción solidaria en favor de comunes ideales de renovación social.

¿Qué era para nosotros la carrera escogida o que, de imprevisto modo, los hechos nos habían impuesto? La considerábamos propicia para alcanzar una formación adecuada en esferas del conocimiento que nos eran gratas, capacitándonos así para realizar más tarde con provecho, en los liceos de la República, la función social que nos iba a corresponder. No existían, entonces, sagaces orientadores que se hubieran desvelado por obtener en nuestro beneficio un esquema de nuestra personalidad, de nuestras aptitudes y preferencias, mediante el empleo de sutiles procedimientos exploratorios, aprendidos en institutos foráneos.

Tampoco nos veíamos requeridos en el Instituto Pe-



dagógico por excesivas novedades didácticas con las que se pretendiera adiestrarnos para aplicar, a situaciones complejas, normas simplificadoras, a menudo arbitrarias, extraídas de acuciosas estadísticas. El prurito de mecanización racionalizada -es decir, de radical despersonalización- que afecta a todos los órdenes de la sociedad contemporánea, no se advertía en la preparación científica y técnica del personal docente. Un equilibrado sentido de los valores que deben conformar la actividad educativa, prevalecía en nuestro Instituto, dando a su enseñanza un carácter ejemplar dentro de la Universidad de Chile.

Plausiblemente, el Instituto Pedagógico se ha desarrollado en esta positiva dirección. Ha dado a la Pedagogía -uso el término en su amplio alcance científico y técnico- la condigna importancia, sin desconocer que, siendo el proceso educativo un proceso vital y la relación educativa una relación humana, la educación debe servirse de los instrumentos de la vida, tan afines a los del arte, ceñirse a las modalidades cambiantes de la compleja realidad sobre la cual se opera: el alma de los educandos, refractaria por su esencial dinamismo cualitativo a cualquier presuntuoso intento de cuantificación mecánica.

Conviene insistir en ello cuando se acentúa entre nosotros la propensión a considerar óptimo y digno por lo tanto de obsecuente imitación lo que proponen y practican, en países de gran desarrollo material y de una idiosincrasia muy distinta de la nuestra, desaprensivos expertos. Conviene cuidar en las diversas instancias y formas de la enseñanza sistemática la es-



RECTORIA

pontaneidad de los educandos y afirmar la eficacia insustituible de la personalidad del educador. Porque educar será siempre suscitar en los seres humanos la revelación de lo mejor de ellos mismos, por virtud de la incitación magistral, como en el diálogo socrático. La técnica no podrá reemplazar al espíritu en ninguna empresa del hombre, menos en la educación.

Para serlo de veras, el profesor deber tener una personalidad fuerte debidamente integrada, capaz de comprender a sus alumnos y de convivir con ellos. Debe tener también una conciencia abierta a las ideas creadoras y la voluntad de servirles, en la avanzada del movimiento histórico, como orientador y promotor de progreso. Nunca ha descuidado el Instituto Pedagógico esta doble faz -humana y social- de la profesión docente.

Desde sus comienzos, ha procurado que sus alumnos tengan la armónica formación ,especializada y cultural, que ha de imponerse -hay consenso al respecto- en todas las escuelas universitarias.

Muchas generaciones han pasado por las aulas de nuestro Instituto Pedagógico y, sin jactancia vana, juzgando su pasado y su presente, podemos decir que al esfuerzo realizado por ellas en los liceos, con modesto y cotidiano heroísmo cívico, se debe en considerable medida el progreso democrático de la República. Puede ser criticada y condenada como anacrónica nuestra educación secundaria, en su método verbalista y en su contenido enciclopédico, pero no en el espíritu de libre humanismo que la ha inspirado por obra de quienes recibieron su formación profesional y moral en el Instituto Pedagógico.

Hoy, a 75 años de su fundación, el Instituto Peda-



RECTORIA

- 5 -

gógico continúa su trascendente labor inspirado en el mismo espíritu que es, por lo demás, el espíritu de la Universidad de Chile. Siguiendo la línea de su natural desarrollo, en consonancia con los propósitos renovadores de nuestra educación, deseamos que el Instituto Pedagógico llegue a ser el centro formativo del profesorado nacional para todos los grados del sistema docente, sea cual sea la estructura que él tenga, porque la alta responsabilidad social de la carrera del magisterio exige para ella la consagración académica del título universitario.

Me honra poder expresar en este acto solemne -oficialmente como Rector y también por emocionada motivación personal- el reconocimiento de la Universidad de Chile, a sus visionarios fundadores entre los que destaca el Presidente Balmaceda por tantas razones egregio y digno de la gratitud de nuestro pueblo, a ^{los} antiguos maestros de los primeros decenios que lo prestigiaron en el país y en la América Latina y a quienes continuaron y continúan honorablemente su obra, a los numerosos egresados de sus aulas que vivieron y murieron trabajando para la educación nacional y a los actuales profesores que, en todas las regiones de Chile, se esfuerzan por ser leales a una noble tradición de servicio público.